

HISTORIA
DE LA IMAGEN PRÓDIGIOSA



CERTO carpintero, un joyero y un derviche eran amigos invariables.

La adversidad se cernió sobre los tres. El carpintero, el joyero y el derviche, ensalzando á Alah, quien alterna sabiamente los quebrantos y los halagos, determinaron ponerse en camino, marchar á tierras lejanas, á donde tal vez no quisiera seguirles el hado funesto.

El carpintero tomó los instrumentos de su profesión y lo propio hizo el joyero.

El derviche, cuyo oficio es inmaterial, rezaba á lo largo del camino; la oración hacía libres sus brazos y sus hombros.

Los tres compañeros se detuvie-

ron una noche en el lindero de una selva. Querían en aquel paraje regalado aguardar el nuevo día.

El carpintero declamó estos versos:

A la tabla de este mundo
nos asimos desastrados;
y á pesar del oleaje
los ojos al fin cerramos.

El joyero declamó los siguientes:

Velad nuestro sueño blando,
diamantes del paraíso,
estrellas, dulces estrellas,
de donde cae el rocío.

Y el derviche, por no ser menos,
declamó á su vez:

Alah misericordioso:
en el sueño sin amparo
parece que nos estreches
más hondamente en tus brazos.

Cuando empezaron á tenderse para el reposo los tres compañeros advirtieron con espanto rastros y huellas que denotaban la vecindad de las fieras.

Determinaron como medida de prudencia, recoger matas secas y encender una vasta hoguera; y acor-

daron que cada cual velaría el fuego por turno, para que el esplendor de las llamas bastare en todo momento para tener á distancia á los peligrosos huéspedes de la selva.

Recurrieron á la suerte, y resultó que debía velar en primer término el carpintero, y luego, sucesivamente, el joyero y el derviche. Estos se tendieron en el suelo, acomodándose como mejor supieron, y procuraron dormirse profundamente, atentos á que el descanso reparador les hiciese aptos para las fatigas del día siguiente.

El carpintero no tardó en cansarse de su cargo monótono de centinela, y comprendió que si no se ocupaba en algún trabajo penoso, cerraría muy presto los ojos, rendido por las penalidades de la jornada. Abrió, pues, su hato y sacó el hacha, y dirigiéndose á un árbol cuyo tronco rivalizaba en blancura con el marfil y la nieve, lo atacó briosamente hasta derribarlo.

Cuando el árbol hubo rodado al suelo, el carpintero se frotó las ma-

nos gozosamente, y tras un instante de meditación, resolvió convertirlo en una gentil estatua de mujer.

Y poco á poco, el carpintero fué quitando del tronco inanimado todo lo que ocultaba y oprimía la imagen que él imaginaba existir en la profundidad de la madera, y al cabo de muchos esfuerzos, apareció la estatua de mujer; y era tan bella la estatua y tales encantos había en su cuerpo generoso, tal armonía en sus facciones y tal elegancia en sus miembros que el propio carpintero admiraba en ella con delicia la arrogancia del cuello, la redondez de los brazos, la combadura de los flancos y el vuelo de las caderas.

Recogió satisfecho sus instrumentos, y advirtiendo que estaba para terminar el periodo de su vela, despertó á su camarada el joyero recomendándole con empeño que estuviese atento al menor crujido y que echase leña al fuego de vez en cuando. Después de lo cual se tendió en el césped, y no tardó en dormirse profundamente.



... al cabo de muchos esfuerzos, apareció la estatua...

—¡Ea, me toca el turno!—exclamó el joyero abriendo los ojos y frotándose los. Levantóse, desperezóse, y dió unos pasos sin entera conciencia de lo que le rodeaba.

Pero no tardó en fijarse en la obra de su predecesor; maravillóle por su maestría, y, lleno de emulación, se dirigió hacia su hato. Sacó de él los instrumentos de su oficio, y fué recogiendo, con gran tiento y esmero, los guijarros de distintos colores que yacían en el suelo; agrupólos según su tamaño y color, cual si se tratase de gemas portentosas, y labró con ellos toda clase de adornos: pendientes, anillos, brazaletes, collares, guirnaldas y cadenas. A medida que terminaba las joyas ficticias, pero labradas con arte exquisito, las colocaba sobre la estatua. Luego, aunque novicio en la costura, hizo un vestido de burda tela para la estatua, que parecía esbelto y elegante.

Cuando hubo puesto el vestido á la imagen advirtió que había transcurrido el periodo de su vela; volvió al hato sus instrumentos y llamó

á su camarada el derviche, rogándole asimismo que estuviese atento al menor crujido y que echase leña al fuego de vez en cuando. Después de lo cual se tendió en el césped, y no tardó en dormirse profundamente al lado de su primer compañero.

—¡Me toca el turno!—exclamó el derviche, y levantándose penosamente se encaminó á un arroyo para lavarse y sacudir la invisible película del sueño. Volvió al lugar donde estuvieron de centinela sus compañeros, y hubo de mirar la estatua labrada por el carpintero, y suspendióle la habilidad consumada del escultor, no menos que la destreza que había presidido á la confección de los adornos.

Y, tras alguna meditación, se le ocurrió que podría dirigir un plegaria á Alah, para que infundiera vida á la estatua, pues era lástima soberana la inercia en que dormían tales encantos.

Oró, pues, acendradamente, con la frente en el suelo y los brazos exten-

didos, é invirtió tres horas en su oración. Y al cabo de ese tiempo, Alah, señor dadivoso cuyas manos no agotan los presentes, oyó la plegaria del derviche, é infundió vida á la estatua, en el propio instante en que la aurora, conmoviendo delicadamente toda la bóveda celeste, y bañando la tierra de consuelo y dulcedumbre, instaba á los tres viajeros á reanudar su camino hacia las tierras prósperas.

Y no solo se convirtió la estatua en una mujer que respiraba deliciosamente levantando los cándidos senos; la linda tela se convirtió además en seda valiosísima, y las piedras de los anillos, cadenas, brazaletes, collares, pendientes y guirnaldas, en bellas gemas de luces incomparables.

Y la mujer parecía indecisa, y estremecida por un suave pudor, sin atreverse á avanzar un paso ni á decir una palabra.

Pero el deseo de obtenerla abrasó el pecho de los tres compañeros, y el carpintero, el joyero y el dervi-

che empezaron á disputar desaforadamente y á proferir denuestos é improperios.

—¡Yo labré su cuerpo!—exclamó el carpintero.

—¡Yo lo doté de riqueza!—exclamó el joyero.

—¡Yo le di el alma y la vida, sin lo cual no hubiese sido objeto de vuestras envidias y vuestras reclamaciones intempestivas!—concluía el derviche.

Nadie preguntó su opinión á la bella mujer tan maravillosamente creada, y aun es posible que de hársela pedido, la bella mujer, que parecía muy tímida, no osara sentir la menor preferencia.

Convinieron al fin los tres compañeros en dirigirse al juez de una aldea vecina para que fallara sobre sus pretensiones.

Ordenaron á la mujer que les acompañase, y ésta, continuando sin despegar los labios, obedeció.

El juez de la aldea vecina oyó las reclamaciones de los tres compañeros y examinó con detención á la

mujer, hasta enamorarse de ella. Procuró el juez llevar de tal suerte los debates que al fin del juicio obtuviese la permanencia de la mujer en su poder, pero el pueblo que asistía al juicio, leyó en los ojos del juez su codicia é impureza, y denostándole por su manifiesta parcialidad, intervino en el debate y exigió que se buscase un juicio más elevado, inasequible á la sospecha. Los más feroces querían arrastrar al juez, pero subitamente exclamó un viejo:

—¡Al árbol sagrado! ¡El árbol sagrado decidirá!

Al oír estas palabras, cesó todo alboroto. Los que se precipitaban contra el juez dejaron caer los brazos; los hombres cuchichearon contemplando á la desconocida, las mujeres y los niños se pusieron en orden para abrir la marcha.

El árbol sagrado era un árbol de inmensa copa y vetustez incomparable que se hallaba á cierta distancia de la aldea y gozaba del sorprendente poder de formular oráculos en

momentos de grave angustia, ó de sentenciar en los procesos complicados por medios más ó menos milagrosos.

Llegada ante el árbol la comitiva, colocóse á la mujer delante del árbol; á algunos pasos estaban el carpintero, el joyero, el derviche y el juez, y más allá se extendía la muchedumbre de las gentes.

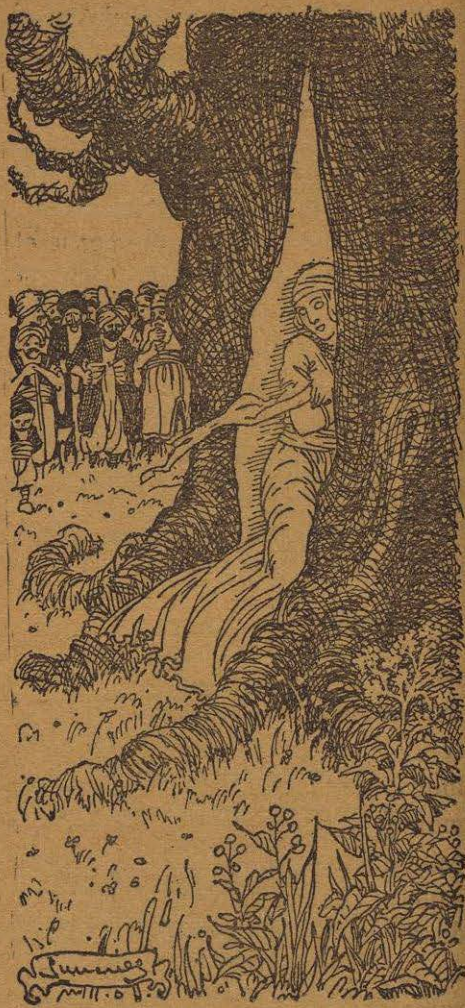
El viejo expuso en alta voz la materia del proceso, invocó el auxilio del árbol y le rogó que manifestase su sentencia.

Y para disponerle á mayor solitud, declamó estos versos:

Arbol piadoso, llena
todo el mundo tu raigambre;
sabes todos los tesoros,
sabes todos los cadáveres.

Tus raíces incansables
agotaron todo el suelo.
Ya vives únicamente
del rocío de los cielos.

Sabes todos los secretos;
te los dicen vagamente
el gorjeo de las aves
y el silbar de las serpientes.



... atrajo á sí el cuerpo de la bellísima mujer...

Pasa el hombre velozmente,
no penetra cosa alguna;
es sin límites la ciencia
que adquirieron tus arrugas.

Y todo el pueblo se puso de rodillas, invocando á Alah, y deseando que el árbol patentizase una sentencia.

El fallo no se hizo aguardar. Mientras la mujer parecía encogida y sutilizada por la vergüenza de que tantos ojos la mirasen y tal conflicto se promoviese á causa de su belleza, y parpadeaba angustiosamente, y estrechaba las manos contra los senos, temblorosos como palomas, el tronco del árbol se entreabrió en toda su extensión, mostrando en su interior una madera más blanca que la nieve, y atrajo á sí el cuerpo de la bellísima mujer; y luego, cerrándose de nuevo bruscamente, volvió á tomar ante los ojos estupefactos de la concurrencia su aspecto sereno y majestuoso irguiéndose á la faz del cielo y multiplicando las filigranas de sus inúmeros ramajes.

LA LUMBRE DE LA VIUDA



EL Califa Omar fué uno de los más privilegiados descendientes del Profeta (¡sahúmenle el ruego y el sosiego de Alah!)

Su memoria es deliciosa para los fieles creyentes del Islam; su nombre suena al oído como la melodía que nos recuerda los días felices.

El Califa Omar quería á su pueblo, y temeroso de Alah, escudriñaba con diligencia los no sospechados arcanos de las vidas humildes.

Una noche se paseaba en compañía del venerable Aslam Abu-Zaid.

La noche era embozada y fría; arrebujábase entre las nubes. El viento soplaba con violencia y las casas parecían dolientes y arrecidas.

El califa Omar avanzaba en si-

lencio, repasaba su vida en el fondo de su corazón, y ni sus penitencias austeras, ni sus graves ayunos, ni sus fallos emitidos tras largas noches de insomnio, ni su perenne longanimidad,—nobles riquezas que hallaba en el recuento del tesoro de sus días—bastaban para reconciliarle con su conciencia, que parecía vigorizarse y agigantarse en el denso misterio de la noche.

Y el Califa Omar recordó los versos terribles del poeta:

En el día fulgurante
á mi espíritu busqué,
mas se había evaporado
de la gente en el vaivén.

Por la noche vi á mi alma,
dón magnífico de Alah,
como una pequeña lámpara
temblando en la obscuridad.

—¿Crees, pues, que has de alejarte
porque yo sea feliz?
Alma mía silenciosa,
¿por qué estás lejos de mí?

¡Ay, que cuando te divisó
es mi angustia más cruel!
Alma, dime tus anhelos,
los misterios que no sé.

Alma mía, te deseo;
¡es el mundo tan falaz!
me pareces extranjera,
habla, quíerote escuchar.—

Dijo solo una palabra
el alma, y me estremecí;
el alma todo lo sabe
pues sabe que he de morir.

De pronto el Califa Omar y el venerable Aslam Abu-Zaid vieron, allá lejos, una lucecita que detonaba en la obscuridad.

—Tal vez sea una señal de angustia—dijo el Califa Omar.

Y dirigióse con su acompañante al punto donde brillaba la lucecita.

Y encontraron allá á una pobre vieja, á quien á duras penas cubrían los menguados harapos, y que encendía una pequeña lumbre bajo una marmita. Y al lado de la vieja sollozaban dos niños enfermizos, transidos de dolor y de frío.

Dijo Omar á la anciana:

—¡Sea contigo la paz, oh mujer!
¡Como te agitas entre la obscuridad
y el viento, abandonada y quejumbrosa!
¿Qué es de ti?

Levantó los ojos la anciana y miró al Califa quien, como todas las noches, vestía un disfraz humildísimo, y contestó:

—Hermano, te hablaré sin recelo porque bien veo que eres menestero como nosotros. Al rico y linajudo no podemos manifestarnos, porque sus manos tejen la iniquidad y su malicia tiende las redes á los mezquinos. Mas tú eres parecido á nosotros, y diréte, pues ignoras la privanza de la fortuna, que estoy calentando un poco de agua para dárselas á mis nietos, que perecen de hambre y de frío. No tardaremos en sucumbir, pues no hay quien remedie nuestro desamparo. Mas un día Alah exigirá al Califa Omar estrechísima cuenta de la miseria á que nos vemos reducidos.

Conmovióse el Califa y preguntó:

—¿Crees que Omar esté al corriente de tu miseria? Sin duda, si hubiesen llegado hasta él tus clamores te habría socorrido.

—Dió Alah el califato á Omar—dijo la anciana—para que fuese pa-

dre común de las gentes sin ventura. Dióle una fortuna interminable para que su abundancia se dilate y desparrame en beneficio de los menesterosos. Dióle un poder incontrastable para que vigorice todo desmayo y enderece á todo el que cayere. Y es él quien debe salir al encuentro de la pesadumbre para desvanecerla, pues sólo así será Califa ante la faz de Alah. Debe andar por todos los caminos y entrar en todas las callejas llamando á la enfermedad y al dolor para amansarlos con el halago y el socorro, y si no lo hiciere de esta suerte, sus manjares regalados se convertirán en ponzoña y hollarán su almohada las pesadillas.

Bien dijo el poeta:

He mirado las alturas
y he visto la iniquidad.
Encúmbrase la soberbia;
su descendencia es el mal.

Injusto es el poderoso,
abandonóle el amor;
hinchén su boca denuestos
grosuras su corazón.

Olvidó la fuente clara
del perdón y la amistad;
se encamina á los abismos,
maldecido por Alah:

—No oirás el dulce llanto
del infante que hoy nació,
ni las quejas de la viuda
solitaria en su dolor,

ni la angustia del enfermo
en su lecho de pesar,
ni el clamor del oprimido,
que tendrá vida inmortal.

No oirás más que la risa
y el cantar engañador.—
Esto dijo el Poderoso,
esta fué la maldición.

El Califa Omar no contestó. Sólo
al cabo de unos instantes dijo, vol-
viéndose á Aslam Abu-Zaid:

—Abu-Zaid, volvámonos inmedia-
tamente.

Y el Califa Omar corrió por las
calles de la ciudad hasta llegar á su
palacio. Y penetró en la Intenden-
cia, cogió un saco de harina y una
jarra llena de grasa de carnero y
dijo á Abu-Zaid:

—Ayúdame á cargar sobre los
hombros el saco y la jarra.

Abu-Zaid inclinándose, dijo al
Califa Omar:

—Señor, yo llevaré la carga; no
es justo que se someta á tales fa-
tigas el soberano Emir de los Cre-
yentes.

—Haz lo que te ordeno y sígueme
—respondió el Califa con decisión
inexorable.

Y con perfecta obediencia, Abu-
Zaid puso sobre los hombros de
Omar el saco de harina y la jarra
de grasa de carnero.

El Califa marchó aceleradamen-
te hasta encontrar de nuevo á la
pobre mujer; y, llegado á su pre-
sencia, la saludó con dulces pala-
bras, y aliviándose de su carga, puso
harina y grasa en la marmita,
y con sus propias manos ordenó
la comida de la vieja y de sus
nietos.

Y recordó los versos edificantes
del antiguo poeta:

¡Oh, manos, manos altivas
que exigisteis la obediencia!
Servid al menesteroso,
y acariciad la tristeza.

De los castigos de Alah
así os hallaréis exentas,
y libres de todo yugo
y limpias de la torpeza.

Y arrodillóse para avivar la llama,
y sus ojos se arrasaron en lágrimas.

Y cuando el manjar estuvo condi-
mentado y sazonado, el Califa Omar
lo ofreció á la anciana y á los niños;
mas, como estuviese demasiado ca-
liente, sopló sobre el manjar hasta
que la anciana y los niños pudiesen
comerlo.

Y mirando la llama, dijo á su com-
pañero Aslam Abu-Zaid:

—¡Oh Abu-Zaid, este fuego ha
iluminado mi espíritu!

Dejó el Califa Omar en poder de
la anciana el saco y la jarra y se fué
con Abu-Zaid, quien había presen-
ciado todas las nobles acciones del
descendiente del Profeta con la ma-
yor veneración y asombro.

Y Aslam Abu-Zaid, mirando al
Califa, á quien rendía el peso de los
años, y estaba achacoso y débil, y
dándose cuenta de que le habían fa-
tigado sobremanera el mucho peso

que llevara sobre sus hombros y la
velocidad de la marcha, dijole dul-
cemente:

—¡Oh Emir de los Creyentes!
¿Por qué os obstinásteis en llevar
vos mismo la grasa y la harina? Yo
os hubiera reemplazado con harta
satisfacción, y ello me hubiera per-
mitido cooperar á vuestra acción de
caridad.

Y el Califa Omar que ya se halla-
ba en plena lobreguez lanzó un ge-
mido, y dijo con honda amargura,
pausadamente:

—¡Oh, Abu-Zaid! ¿Acaso llevarás
tú el peso de mis pecados en el día
de la Resurrección?

